

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO III—TOMO III | San Salvador, Domingo 22 de Julio de 1883. | SERIE X—N. 112

La ciencia y el indiferentismo religioso.

Entre la ciencia, tal como suele hoy día entenderse por algunos, y el indiferentismo religioso, que es el cáncer que más corroe las conciencias humanas, existen más profundas relaciones de las que á primera vista pudieran imaginarse.

La ciencia no hace otra cosa que sentar en teoría los principios especulativos, de que el indiferentismo es una lógica consecuencia en la práctica.

Esa ciencia, tomada, para decirlo con toda propiedad, en el *sentido moderno*, es el báratro espantoso en que vienen á precipitarse todas las creencias y las sanas máximas morales, para dejar en los corazones y en las almas el vacío aterrador de la desolación y de la muerte.

Con el nombre de *ciencia* suele hoy día designarse el conjunto de todas las doctrinas, que nacen de ese inextricable laberinto de ideas, en que los hombres han venido engolfándose después de haber abandonado las creencias cristianas, para buscar el equilibrio de las almas, que solo puede hallarse en la legítima posesión de la verdad.

Todos los sistemas, todas las hipótesis, todas las teorías, aun aquellas que se hallan más destituidas de apoyo, y á que la razón y la esperiencia niegan sus fundamentos y sus luces, se creen con el indisputable derecho de sentarse en el común banquete de las ciencias humanas, arrojándose títulos que en ningún concepto les corresponden.

No hay duda que el espíritu humano ha debido caminar en medio de ruinas y precipicios, de contradicciones y de errores, de combates y de luchas, para ver de llegar al término apetecido de sus investigaciones científicas; pero también es preciso reconocer, que jamás se ha confundido, ni debido confundirse, el punto de partida y el camino que se sigue, con el objeto final á que la humana inteligencia se dirige.

Hoy la ciencia, en opinión de algunos, todo lo abraza, todo lo comprende, á condición de que reniegue de la *fé* y se halle separada de los principios de la verdad revelada.

Se confunde ordinariamente el itinerario que debe seguirse con el término del viaje. Si alguno levanta su voz para mostrar que es extraviado el derrotero que se lleva, se le cree enemigo de la ciencia y de sus progresos, como si una misma cosa fueran la ciencia y sus progresos, y los diversos sistemas de las escuelas, y las variadas y extravagantes hipótesis que á cada paso se inventan, para entretejer la curiosidad de los espíritus superficiales y ligeros.

No importa que para esto sea necesario hacer de la ciencia un conjunto de monstruosidades y de ab-

surdos, y que á la vez en ella se encuentren reunidas las doctrinas más contradictorias y opuestas: con tal de negarse el orden sobrenatural, y de que las almas se lancen en un naturalismo puro y complaciente con los fueros exagerados de la razón humana abandonada á sí misma, son aceptables todas las doctrinas, ó mejor dicho, todos los delirios de quien quiera aventurar las teorías más abigarradas y estrañas.

Por esto vemos con nó poca frecuencia llamar *ciencia* á todos los métodos y sistemas que se inventan y discurren para buscar la verdad en el orden puramente natural, y que se dividen los dominios de las más opuestas escuelas. El materialismo, el positivismo, el panteísmo, el socialismo, el ateísmo, y otras varias teorías que á veces no guardan entre sí la más ligera relación, se les hace entrar como elementos de la ciencia, con deplorable confusión de ideas y de palabras.

El positivista es á la vez materialista, espiritualista, panteísta, y cuanto se quiera, con tal que rechace y no admita el orden sobrenatural, sin observar que las doctrinas espesadas por semejantes palabras son contradictorias y envuelven una esclusión absoluta.

La ciencia, expresión racional y motivada de la verdad, debe ser esencialmente una, como la verdad que la informa y de quién es legítima expresión. Podrá hallarse la verdad, al menos en parte, y como si dijéramos, fraccionada, en todos ó algunos de los sistemas enumerados; pero sería admitir el mayor y más inconcebible de los absurdos, asegurar que se la encuentra en todos ellos á la vez, y que su monstruoso conjunto forma la ciencia verdadera.

Nos contentaremos con un solo ejemplo, puesto al alcance de todos, para confirmar las precedentes reflexiones.

Inmensos son los bienes que el método experimental ha producido en sus aplicaciones prácticas á las ciencias físicas y naturales. Nó solo ha comunicado un gran impulso á los legítimos progresos de la inteligencia humana, y ensanchado los vastos horizontes de la civilización, sino que también ha contribuido á enlazar con vínculos estrechos los comunes intereses de los pueblos y de las naciones, promoviendo esa cultura general y esa suavidad de costumbres, que tanto mejoran las relaciones morales, y que hacen, hasta cierto punto, que las sociedades todas sean recíprocamente responsables unas á otras de sus actos y de su conducta.

¿Quién podrá poner en duda la benéfica influencia, que la agricultura, la industria, el comercio, las artes, ejercen hoy día en el movimiento general de la civilización, aun en aquellos puntos que atañen al moral comportamiento y á las relaciones internacionales de los países civilizados y cultos?

Si esto es innegable, también lo es, que los progresos que esos elementos han alcanzado, y de día en día alcanzan, se deben á los grandes descubrimientos, que las ciencias naturales han efectuado con el apoyo del método experimental; y esto, nó solo por habernos puesto en posesión de algunos de los poderosos secretos, fuerzas y recursos, que la naturaleza encierra en su seno, sino también, y principalmente, por esa actividad prodigiosa que han despertado en el espíritu humano para lanzarle en la paciente observación de los hechos y en las profundas investigaciones de la ciencia.

Sin embargo, y á pesar de todo esto, hay que deplorar la tendencia como instintiva que hoy se advierte en muchas almas, á querer unir en un solo cuerpo de doctrina bajo el pomposo nombre de *ciencia*, todos los sistemas y todas las hipótesis, confundiendo los medios con el fin, el camino con el término de la llegada.

Esa especie de indiferencia científica, que bien pudiéramos llamar *panteísmo de las ciencias*, conduce lógicamente á la indiferencia religiosa, ó sea al *panteísmo de las creencias*. Desde el momento en que se piensa hallar la verdad científica envuelta en los más disparatados errores, y que los sistemas opuestos pueden ser su más genuina expresión, no hay dificultad ninguna en admitir que la verdad religiosa puede igualmente hallarse en el seno de todas las religiones, y que los cultos más contradictorios y repugnantes son su manifestación legítima y sincera.

Esta situación de las almas no puede ser duradera. La indiferencia por las doctrinas y las teorías nos arrastra al excepticismo especulativo de los principios y de las ideas, como la indiferencia por las creencias y por los cultos nos lleva irremisiblemente al más espantoso excepticismo religioso.

La historia de los progresos del espíritu humano viene en apoyo de esta observación.

El excepticismo científico ha sido siempre y en todo tiempo fruto natural y espontáneo del cansancio que han producido en las inteligencias las luchas y los combates de la razón.

Después de las escuelas dogmáticas, han aparecido los sistemas y las hipótesis fraccionando la verdad y mutilando la ciencia: de las luchas suscitadas por los opuestos sistemas y las variadas hipótesis, ha venido el caos del excepticismo y de la duda.

La religión ha seguido siempre una línea de conducta paralela á la que le traza la ciencia, ni hay razón que pudiera autorizar cualquiera diferencia entre ellas.

A falta de otros argumentos, nos bastaría el que nos suministra la historia contemporánea.

Al lado del naufragio de la ciencia, se ofrece siempre en las almas el naufragio de la religión y de la fe, del culto y de la virtud; y á uno y otro nos arrastran, primero el panteísmo de las ideas, y después el excepticismo de los principios y de las doctrinas.

Si el panteísmo es la agonía de las inteligencias, el excepticismo es su destrucción y su muerte.

San Salvador, julio de 1883.

SECCION PIADOSA.

DOMINGO X DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Nada más difícil y espuesto á peligro de error, que juzgar de la virtud interior de los hombres por sus acciones exteriores.

Esto juicio, en más de las veces, se halla sometido al desacierto y al engaño, porque nó siempre los ac-

tos esternos son expresión sincera de lo que pasa en el interior del alma.

Además, los hombres procuran con toda vigilancia y empeño cubrir, como se dice, las apariencias, á fin de justificarse á la vista de los demás y nó revelar con una conducta indiscreta el extravío de su conciencia y los vicios del corazón.

Esta es una de tantas graves razones que apoyan ese sublime precepto de la moral evangélica, que condena los juicios malos y desfavorables contra el honor y la buena reputación de nuestros prójimos.

Muchos hombres hay que se muestran justos en la apariencia, y que con un comportamiento hipócrita y disimulado, ocultan los grandes defectos de su alma, y aun los vicios detestables que guardan y alimentan en su corazón, como puede haber otros tantos, á quienes condene su exterior, y que sin embargo merezcan la reputación de justos por las interiores virtudes y disposición de su espíritu.

—“De las cualidades del hombre, decía el Apóstol, solo puede dar testimonio el espíritu, que se halla dentro del hombre.”

La parábola, ó mejor dicho, la historia, que el evangelio de este Domingo nos refiere, es la mejor comprobación de este aserto. Jesucristo se dirige en esta ocasión, nó á las turbas, ni á todos sus discípulos, ni á solo los escribas y fariseos, sino precisamente á *algunos que se creían justos y que despreciaban á los otros*.

La enseñanza no podía ser más explícita, ni podían darse á conocer mejor las intenciones del Salvador.

—“Dos hombres, dice, subieron al templo para orar: el uno fariseo, y el otro publicano.

“El fariseo, estando de pié, oraba para sí en estos términos: Gracias te doy, Dios mío, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, como lo es también este publicano: ayuno dos veces en sábado, y pagó los diezmos de todo cuanto poseo.

“El publicano, hallándose de pié y á lo lejos, ni aun se atrevía á levantar los ojos al cielo; pero golpeaba su pecho diciendo: Séme propicio, Dios mío, porque soy pecador.”

Con estos dos tipos del fariseo y el publicano, Jesucristo nos ha querido mostrar los dos tipos más conocidos entre los cristianos, en quienes aparece el ejercicio de las virtudes evangélicas.

Es bien sabido que los fariseos formaban entre los judíos una secta, que apoyándose en las corrompidas tradiciones del pueblo, y en las falsas interpretaciones de sus rabinos y doctores, daban á la ley una significación torcida y un sentido malicioso, para halagar sus pasiones y cohonestar sus vicios y pecados. Mostraban mucha escrupulosidad en la observancia de las formalidades esternas y de la parte ceremonial y litúrgica del culto, para dejar á salvo su conciencia contra las frecuentes violaciones de la ley. Tenían un corazón emponzoñado por la presunción y la soberbia, y miraban con desprecio á cuantos no pensaban como ellos ni pertenecían á su gremio.

Los publicanos, por el contrario, se juzgaban como los mayores pecadores públicos, y la mala aceptación que tenían ante la sociedad, era la causa de que se les mirara con enfado y con desprecio. Ellos no disimulaban su situación, ni hacían alarde de virtudes que no poseían; pero el mismo público concepto, de que eran víctimas, servía para humillarlos y para hacer brotar en sus almas méritos y virtudes, de que carecían sus contrarios.

Si miramos con atención lo que pasa entre muchos cristianos, observaremos sin dificultad, que los tipos del fariseo y del publicano se encuentran á cada paso.

La virtud, que nó es resultado de una humildad pro-

funda, y de un perfecto conocimiento de nuestra propia miseria, no es virtud sólida ni verdadera, sino disimulada hipocresía.

Dios no se complace jamás en las acciones virtuosas en apariencia, que no están de acuerdo con un fondo de candor, de pureza y de inocencia. Él busca siempre los corazones, y penetra lo más oculto que hay en las almas, y las rectas intenciones de una conciencia que devotamente se somete à su voluntad divina y à las prescripciones de su ley. El juicio del pecador corresponde solo à Dios, porque Él solo puede saber lo que pasa en los senos de su alma.

La oración del fariseo y la del publicano obtuvieron muy diverso resultado en la presencia de Dios.

El fariseo salió del templo tan pecador como ántes, en tanto que el publicano volvió à su casa ya perdonado de sus culpas y justificado ante el divino acatamiento. La soberbia del primero aumentó con la oración la criminalidad de su conciencia, mientras que la sincera humildad del segundo le atrajo las misericordias del Señor y las bendiciones del cielo.

Siempre será valdeera aquella sublime máxima del Evangelio, base de toda la moral cristiana: *Todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado.*

San Salvador, julio de 1883.

CRONICA INTERIOR.

Defunción.

El BENEMÉRITO CIUDADANO SEÑOR DON LUIS AYALA pasó à mejor vida, à la edad de ochenta y tres años, en Olocuilta el 13 del corriente mes,

Toda la sociedad ha sentido con mucha razón la pérdida de un ciudadano, que fué como el tipo del verdadero caracter salvadoreño tan acentuado por las virtudes cívicas y personales, que desgraciadamente se va debilitando en nuestra actual generación.

Habiendo el Señor Ayala nacido al comenzar del siglo, fué testigo ocular y tomó mucha parte en las grandes transformaciones y acontecimientos que el Salvador ha tenido en las cuatro quintas partes transcurridas. Demostró su amor à la patria, no con palabras y frases que nada valen, sino con los sacrificios, la abnegación y el desinterés con que la sirvió ya en los campos de batalla, ya en la tribuna parlamentaria, ya en los altos empleos que ocupó en la administración.

Amante de las libertades públicas y de la independencia nacional, combatió siempre por ellas, sin sacrificarlas jamás al temor à los mandatarios, ni al interés de las auras y aclamaciones populares.

En 71 fué uno de los diputados que más se esforzaron en constituir la República sobre los principios más sólidos: y en las graves cuestiones que ventiló aquel Congreso, se hizo notable por la rectitud de su justicia, que, depurada del espíritu de partido, daba la razón à sus contrarios cuando la tenían, y la negaba à sus amigos cuando se estralimitaban.

Recordamos aun con admiración sus enérgicas protestas contra las violaciones de la Constitución, cuando el Gobierno del Salvador por complacer al de Guatemala pactó la espulsión de los padres jesuitas y la ejecutó sin forma de juicio; y cuando la Asamblea, que acababa de declarar, que el territorio del Salvador era un asilo sagrado para el que quisiera refugiarse en él, cerró sus puertas por el mismo motivo à los religiosos, que, desterrados de Guatemala, llamaron à sus playas.

El señor Ayala supo juntar à las virtudes cívicas las virtudes domésticas y religiosas.

Ejemplar padre de familia se dedicó constantemente à la educación de sus hijos, à quienes amó con ternura verdaderamente paternal. Cuidó de formarles el corazón,

no solo con sabios consejos, sino más aun con sus mejores ejemplos: de allí es que sus hijos tuvieron por él tal amor y veneración, que aun en su mayor edad tributaron à su padre el más profundo respeto y la más pronta obediencia.

Católico ferviente jamás traicionó sus creencias, y principalmente en sus últimos días, se dispuso con piedad y resignación cristiana para volver à su infinito origen. Después de recibir los santos sacramentos, se durmió tranquilo entre los brazos y lágrimas de sus hijos, à quienes legó con su nombre glorioso, la herencia de sus virtudes y de sus consejos.

El señor Don Luis Ayala honró nuestro humilde periódico con un precio particular; lo que es un motivo también particular, para que El Católico se asocie con su apreciable familia, y participe de su justo dolor.

"El Escolar"

en su último número, dice:

"Tampoco estamos dispuestos à conceder el prestigio que 'El Católico' atribuye à la máxima volteriana de *mentid, mentid, porque siempre queda algo de la mentira.* En primer lugar no hemos visto en las obras de aquel célebre poeta filósofo y crítico las palabras à que se refiere 'El Católico.'"

Para satisfacer à nuestro apreciable colega, nos tomamos la libertad de manifestar, que esa frase se encuentra repetida muchas veces en las *Cartas íntimas*, que Voltaire dirigió [de 1736 ó 1764,] al Conde de Argental, al Duque de Richelieu, al Presidente Hernault, à Mr. D' Alembert, colaboradores suyos en los escritos que publicaba contra la Iglesia Católica, con el fin de combinar el plan uniforme que debían seguir.

Nos permitimos además copiar las mismas palabras de Voltaire en su Carta à Mr. Thiriot, fechada el 21 de Octubre de 1736:

"Il faut mentir, cõme un diable; non pas timidement, non pas pour un temps, mais hardiment et toujours, Mentez, mes amis, mentez; je vous le rendrai dans l'occasion."

Además, habiendo asegurado El Escolar, con el fin de probar la oposición de la Iglesia Católica al estudio de las ciencias, que los papas habían prohibido el estudio de la *Anatomía y Cirujía*; y habiéndole nosotros publicado que nos citase alguna de esas leyes prohibitivas, ó el nombre de los Papas que las habían dado, dice en su último número:

"Satisfaciendo al deseo de los Señores Redactores de 'El Católico' sobre haber prohibido los Pontífices, no solo la Anatomía, sino la Medicina, copiamos lo que el mismo diccionario de Derecho Canónico trae en la palabra *judío*. 'El Papa Gregorio XIII, dice, prohibió por una bula el ejercicio de la *Medicina* à todos los judíos de los estados cristianos.' No citamos la bula porque no la tenemos à la mano, y porque no dudarán de las palabras del Diccionario de Derecho Canónico que hemos citado."

Celebramos mucho que el mismo Escolar nos proporcione el mejor medio de manifestar el *paralogismo*, que pretende formar con la cita del Diccionario. Porque una cosa es prohibir el estudio de la Medicina como malo, y otra cosa muy distinta es prohibir à los judíos el ejercicio de la Medicina. En el primer caso, la razón ú objeto de la prohibición sería la ciencia misma; mientras que en el segundo, la razón ú objeto de la prohibición es las circunstancias personales de los judíos.

Si los Soberanos Pontífices hubieran juzgado que el estudio de la Medicina era malo, lo hubieran prohibido con mayor razón à los cristianos que à los judíos; de lo contrario, se hubieran mostrado menos solícitos del bien espiritual de sus fieles, que del de los que no pertenecían à su jurisdicción.

Pero fué todo lo contrario: los Papas, conociendo los criminales abusos que el fanatismo religioso de los judíos los hacía cometer seduciendo à los cristianos enfermos que se confiaban à sus cuidados médicos, prohibieron el ejercicio de la medicina entre los cristianos à los judíos establecidos en los estados de la Iglesia, así como los Papas de Francia, de España, de Austria, y los demás monarcas católicos hi-

cieron lo mismo, por las mismas razones y en el mismo tiempo, con los judíos establecidos en sus territorios.

En una palabra; una cosa es que los Papas hayan prohibido la Medicina como un mal, que es lo que El Escolar debía probarnos; y otra cosa es que los Papas hayan prohibido como un mal, que los judíos e aquella época ejerciesen la Medicina entre los cristianos, que es lo que el Diccionario prueba.

Nos estraña más aún, que el ilustrado Redactor del Escolar pretenda formar de esta prohibición un argumento contra el dogma de la infalibilidad del Romano Pontífice cuando define *ex-cathedra* un punto de fé.

1º Porque esa prohibición no pertenece al orden religioso; puesto que, no siendo los judíos cristianos, no son súbditos ni dependen en lo religioso del Vicario de Cristo y Pontífice de los cristianos. Pertenecer por tanto al orden temporal, en el que los Papas son Soberanos temporales con respecto á los judíos establecidos en los estados pontificios; y en ese orden nadie ha dicho que los Papas sean infalibles.

2º Porque esa prohibición, aun suponiendo que perteneciese al orden religioso, nunca sería ni definición *ex-cathedra*, ni de una verdad de fé; pertenecería á lo sumo á un punto administrativo ó de disciplina particular, á lo que no se extiende la infalibilidad.

Creemos que si El Escolar juzgára con imparcialidad los hechos de la Historia eclesiástica, y si fijase su atención en la naturaleza, razón, límites y modo de la infalibilidad pontificia, no daría tanto asentimiento á lo que han escrito Voltaire y sus compañeros contra la Iglesia, ni encontraría tantas contradicciones dogmáticas en el sagrado magisterio del Catolicismo.

Función del Cármen.

Después de un novenario muy solemne, se celebró el 16 del corriente en la parroquia rectoral de la Merced de esta ciudad, la función de la Santísima Virgen del Cármen con la mayor pompa y devoción.

Así como el orden carmelitano puede considerarse en el catolicismo como el más antiguo de los institutos religiosos, puesto que comenzó al mismo tiempo que nació la Iglesia, así la cofradía del Cármen es entre nosotros una de las más antiguas, puesto que casi desde la conquista fué erigida canónicamente en Centro-América.

Sus libros registran los nombres de las personas más distinguidas de los pasados tiempos, y los de la mayor parte de los católicos piadosos que actualmente viven en esta Capital.

Mientras que el *santo escapulario del Cármen* es uno de los objetos más venerados y queridos por la piedad católica, la moderna civilización ha hecho de él uno de los blancos más perseguidos de sus tiros y de sus burlas.

La razón de lo primero es, porque el católico ve en él el distintivo ó librea de una familia espiritual, que de un modo especial tiene por madre á la Santísima Virgen, que hace pública profesión de llevar á sus espaldas con amor la cruz de la ley divina, y en su corazón el *Nombre de María*, como la marca-inicial ó el emblema de que sus afectos pertenecen á la Reina del cielo.

La razón de lo segundo es, porque, aunque la civilización moderna nada conoce y nada estudia de las practicas piadosas, si tiene cierto instinto para perseguir con mayor furor lo que es más santo y más eficaz para la eterna salvación.

Sin embargo, los tiros del racionalismo contra el santo escapulario nada consiguen. Vemos al contrario, que mil y mil pechos generosos se adornan y escudan con ese noble signo, despreciando todo respeto humano, alentados por aquellas promesas del Redemptor: *Qui me confesare delante de los hombres, yo le confesare delante de mi Padre: el que se*

avergonzare de mí en presencia del mundo, yo me avergonzare de él en presencia de mi Padre celestial.

Después de la función principal del 16, que, como hemos dicho, se celebró con la mayor pompa y piedad, han seguido ocho días de *jubileo*, en los que los hermanos y hermanas del Cármen han testificado á la celestial Madre, su devoción y filial ternura.

Les damos nuestros plácemes, y deseamos que su asociación crezca de día en día, y que abunde en méritos y en triunfos.

Fiesta de San Vicente de Paúl.

También se ha celebrado en el Hospital y en el Hospicio, sinó con igual pompa exterior, con igual devoción y piedad, la fiesta del gran Apóstol de la Caridad y del padre de todos los desgraciados, San Vicente de Paúl.

Los héroes del cristianismo que aclama la Iglesia, suelen ser el polo opuesto de los héroes militares que aclama el mundo: aquellos sacrificaron todos sus bienes propios al bien de la humanidad; estos sacrificaron todos los bienes de la humanidad á sus propios bienes.

Por conseguir un territorio más estenso, por adquirir mayor preponderancia política, por vengar un agravio, por adquirir una gloria, no vacilaron estos, en sacrificar millares de hombres, encender millares de guerras, destruir millares de pueblos.

Aquellos para aliviar un dolor, para salvar una alma, para instruir á un ignorante, no vacilaron en abandonar su patria, renunciar la gloria de su porvenir, y afrontar los mayores peligros y calamidades.

Compárense sinó las obras de San Vicente de Paúl con las obras de Napoleón 1.º por ejemplo: Veremos al uno, victorioso de sus humanas pasiones, ser el padre de millares de huérfanos, el báculo de millares de ancianos y de enfermos, la mano que restañó un mar de sangre, el lienzo que enjugó un mar de lágrimas.—Veremos al otro, triunfador de muchas naciones, pero cuyo pedestal está formado por millares de viudas y de huérfanos, y que brotan á sus piés mares de lágrimas y de sangre.

Es por esto que la gloria de los primeros se deshace como el humo y sus obras se derrumban y fracturan como el polvo: al contrario los nombres de los segundos duran en las generaciones futuras, y sus obras se agrandan y multiplican por los renuevos que brotan de su gloriosa fecundidad.

Las fechas de las victorias de Napoleón, sus fugaces trasformaciones políticas, casi se han borrado de las páginas de la historia, han desaparecido completamente de las cartas geográficas; pero las obras de San Vicente de Paúl permanecen cubriendo los dolores de la humanidad en todo tiempo y en todo espacio, y, lejos de debilitarse por el tiempo, se fortifican de día en día por los miembros de sus institutos y por los hijos que heredaron su caridad.

El día de la fiesta de San Vicente de Paúl tal vez, pasó desapercibido por el gran mundo; pero fué un día de gozo y de transporte para la humanidad desgraciada, que elevó al cielo sus afectos y sus bendiciones á la divina Providencia, por haber reflejado su grandeza, en uno de los héroes más gloriosos de la milicia cristiana.

Felicitemos á las hermanas de Caridad, á la Conferencia de Caballeros y á la Sociedad de Señoras, por el noble blazón que brilla en el pórtico de su casa paternal, por los gratos recuerdos y heroicos ejemplos que les trajo el día 19 de Julio.

CRONICA EXTERIOR.

ROMA.

Un tren del ferrocarril de Civita-Vecchia trajo el 14 de Abril á Roma, con un tiempo pésimo y lluvioso, más de cuatrocientos peregrinos franceses, que después de haber visitado los santuarios de Palestina,

se embarcaron en Jaffa en el Vapor *Guadalupe* y vinieron á Civita-Vecchia. No querían volver á Francia, después de tan larga y piadosa peregrinación, sin ver al Papa y recibir su bendición.

El Padre santo los recibió el 15 en la gran sala Clementina del Vaticano. No hubo discursos; pero el Padre santo, haciendo pasar á los peregrinos uno á uno ante él, les daba á besar la mano y dirigía á cada uno palabras de bondad y consuelo, despidiéndoles después animados por una afectuosa bendición que les dió para ellos y para Francia.

Una conmovedora fiesta se ha celebrado últimamente en la Iglesia de San Luis en Roma.

La hija de M. Decrais, embajador de Francia al lado de Humberto, hacia su primera comunión. Le acompañaron á la Sagrada Mesa su digna madre y un hermano suyo de diez y siete años de edad, tan piadoso, que edificó á todos los asistentes á aquel acto.

M. Decrais, que es protestante, asistió á la tierna y solemne ceremonia, confesando después que se había conmovido profundamente.

El embajador de Francia cerca del Papa ha concurrido á esta dulce y hermosa fiesta, y así mismo concurrió todo el personal de la embajada.

FRANCIA.

Azaña de los maestros laicos.—Los maestros laicos continúan dando pruebas de sus impíos propósitos.

L' Unión Franc Comtoise refiere que el Inspector de Instrucción pública de Besonzón preguntó á un niño:

—¿Qué es la muerte?

—La separación del alma y el cuerpo,—dijo el niño.

—No tal,—contestó el Inspector;—la muerte no es más que la cesación de la vida. Vea U. un lagarto que se muere, ¿Puede decirse que su alma se separa del cuerpo? Pues todos los seres mueren del mismo modo.

—Yo espero no morir como un animal,—contestó el niño.

En otra escuela del cantón de Isle-sur-le-Doubs el maestro ha tenido hace meses un hijo y no le ha llevado á bautizar.

Esa es la *neutralidad* del inmoral sistema de enseñanza, á que los republicanos han condenado á la juventud.

—Otro hecho irritante. *Le Français* refiere que en un Manual aprobado por el Gobierno para el uso de las escuelas, en los trozos de versos escogidos se ha hecho desaparecer la palabra *Dios*.

—Dicen de Creuzier le Neuf (Allier) al *Courrier*, que hace pocos días el maestro de escuela de esa aldea quiso obligar á los niños á leer los Manuales prohibidos por la Sagrada Congregación del Índice. La mayor parte de los niños se negaron á hacerlo y el maestro, furioso, les dijo:

—Sinó queis leer esos libros, marchaos de la escuela.

Así lo hicieron los discípulos, y no han vuelto á clase. Ocho días han pasado y el discípulo de Paul Bert se encuentra sin alumnos. Los padres de familia no quieren que sus hijos tengan semejanza de maestro, y en algunas casas le han recibido muy mal, al presentarse para suplicar á los padres que volviesen á enviar á sus hijos á la escuela.

Viendo que sus ruegos no han producido efecto, el maestro ha ido á ver á todos sus compañeros de los alrededores, para suplicarles que no admitan á ningún niño del distrito de Creuzier le Neuf.

SECCION DE VARIEDADES.

San Vicente de Paúl.

Ó
EL AMO ESCLAVO.
I

Era una fría noche de 1643 y los barrios más lejanos de París se hallaban enteramente desiertos.

Pasaban por una calle dos hombres, uno de ellos envuelto en una ancha capa, con un sombrero de canal que le guarnecía de la nieve. Llevaba bajo el brazo un ligero peso cubierto con un pliegue de su capa parda, é inclinaba la cabeza hacia quel lado, como para abrigar todavía más con el ala de su ancho sombrero aquella preciosa carga. Avanzaba así á pasos lentos, apoyando un bastón sobre el resbaladizo suelo.

El que le acompañaba llevaba el traje de la gente del pueblo, y como el vestido popular de aquella época por su forma y su anchura se acercaba un poco al traje musulmán, no chocaba una especie de turbante que llevaba por gorro.

Aquellos dos hombres iban caminando por la calle, cuando otros dos ocultos en la sombra de un portal, volvían la cabeza el uno hacia el otro, señalaban mutuamente á los dos que pasaban y se hacían señas rápidas y silenciosas de asentimiento.

Aguardaron dos minutos á que aquellos dos personajes, objeto de su atención, hubiesen pasado por delante de donde se hallaban emboscados, y se adelantaron paso á paso sobre la nieve. Entonces uno de ellos, lanzándose de un salto, cogió al hombre de la larga capa por el cuello, y lo apretó con extremada violencia.

Empero en el mismo instante fué detenido su brazo y oprimido con tal fuerza, que tuvo que echarse atrás soltando su presa.

Al mismo tiempo su compañero dió un sordo grito, y cayó en tierra.

Al vigor del choque que los rechazaba, los dos bandidos aturdidos creyeron que habían caído en manos de la policía; pero al abrir los ojos, vieron que solo tenían á un solo hombre por adversario.

El de los dos hombres que pasaba por la calle y llevaba turbante, viendo á su amo acometido, había corrido á él: armado de una fuerza prodigiosa, con una mano había cojido del brazo al primero que le había atacado, y con un puñetazo asestado en el pecho había derribado al otro.

Tenía á este último derribado en el suelo, y le había puesto la rodilla sobre el pecho, apretándole con las manos la garganta. Sin duda lo hubiera ahogado, si una viva exclamación del hombre de la capa no le hubiera contenido.

Contúvose en efecto, murmurando en voz baja:

—Es igual. . . . El justo Dios castigará á los malvados que han osado poner sus manos sobre Vicente de Paúl.

Los bandidos derribados se estremecieron bajo la invisible mano que los contenía, y se volvieron hácia aquel, cuyo nombre acababa de pronunciarse, con ojos á la vez asustados y curiosos.

—¿Vicente de Paúl! dijo uno de ellos á media voz. ¿Deveras aquí está Vicente de Paúl?

—Si lo hubiéramos sabido, murmuró el otro, ni el *Buitre* ni yo nos hubiéramos echado sobre él.

—No, replicó el primero; aun cuando fuere un tesoro lo que llevase bajo su capa.

Vicente de Paúl era el más humilde de los póstoles; sin embargo, vió el efecto que producía su nom-

bre sobre aquellos miserables. El digno sacerdote reflexionó un minuto y dijo:

—*Kara-Mouna*, suelta esos dos hombres.

El hombre del turbante se levantó al instante.

—*Kara-Mouna*, replicó su amo, vé á ponerte junto á aquella pared; cruza los brazos, y no te muevas, suceda lo que suceda.

Arqueó las cejas el servidor; pero ejecutó aquel movimiento con la sencilla y fría obediencia de autómeta.

Los bandidos se habían vuelto á poner en pié.

—Y bien, dijo Vicente de Paúl, aquí me tenéis sin defensa; porque he dicho á ese hombre que permanezca inmóvil, y me obedecerá. ¿Qué pedís por mi rescate?

A aquella voz tan llena de unción, tan penetrante, sintieron los bandidos una emoción desconocida. La pálida atmósfera de la noche, en donde se reflejaba la nieve, les dejaba entrever el afable y sereno rostro del sacerdote. Doblaron lentamente la rodilla y uno de ellos dijo:

—Pues que podemos pedir alguna cosa, dadnos vuestra bendición.

—No, dijo Vicente de Paúl; mi bendición pertenece á los fieles, y vosotros no sois de ese número.

—Es verdad, dijo el otro bandido. Pues bien; dadnos vuestro perdón por lo que hemos hecho esta noche.

—Sí; añadió su compañero, serémos más felices que si os hubiésemos quitado la maleta que lleváis bajo vuestra capa.

—En cuanto á eso, respondió Vicente de Paúl, consiento en ello. Os concedo mi perdón; y Dios me es testigo de que es sincero. Por lo que hace á la maleta que llevo, contiúuó sonriendo, no os hubiera enriquecido mucho. Mirad....

Y dejó caer el pligüe de la capa que cubría el bulto.

—Dios mío! exclamaron los bandidos: ¿es posible? ¡Una criatura!...

—Sí, replicó el Sacerdote; un pobre niño... niño del pueblo como vosotros; que hubiera sido como vosotros entregado al abandono y á la miseria, y que hubiera también sin duda caído en el abismo en que os halláis.... Porque yo veo bien, pobres estraviados, que es la falta de socorro para el cuerpo y para el alma es lo que os ha perdido....

.... Ya veis que os perdono con todo mi corazón.

Después, levantando la voz, dijo:

—Ahora ven, *Kara-Mouna*.

El silencioso criado vino á reunirse con su amo, y los dos se alejaron.

Permanecieron los dos bandidos un minuto prostrados en el sitio donde habían visto á Vicente de Paúl. Continúuó el sacerdote su marcha con tanta tranquilidad como antes del ataque intentado contra él, y dulcemente penetrado del pensamiento, de aque en el último de los miserables queda todavía un punto accesible á los mejores sentimientos.

Dirigíase á la calle de San Víctor, donde se hallaba el *Hospicio de los espósitos*.

Al ir por la noche á aquel piadoso establecimiento, había encontrado en un guardacantón del palacio de la ciudad aquella pobre criatura que llevaba en sus brazos. Vecente de Paúl tenía la costumbre de darlo más pronto posible el bautizo á aquellos abandonados, de tan fragil existencia. Así se dirigía al Hospicio para administrarles aquel sacramento.

Al llegar allí, al ruido bien conocido de sus pasos, una multitud de frescas y argentinas voces repitieron con un acento indecible:

—¡El Señor Vicente!.... ¡El Señor Vicente!

Todas las Hermanas de la caridad salieron á recibirle. El Pastor entró en medio de ellas en el gran salón del Hospicio.

Vicente de Paúl tenía entonces sesenta y siete años.

Llevaba sobre su frente las huellas de penosos y continuos viajes, hechos para descubrir la desgracia en diversos lugares, porque su vida entera no había sido más que una peregrinación entre los pobres y los afligidos. Su rostro reflejaba la sencillez y la dulzura del alma; el sentimiento de humanidad más desarrollado había gravado allí con el tiempo una espresión de inefable bondad y de tierna misericordia. Hallábase el anciano sacerdote encorvado bajo la santa fatiga y los trabajos verificados en la misión apostólica, pero la fuerza de su voluntad le sostenía contra los ataques de la edad: el bastón infalible de la fuerza moral reemplazaba para él la juventud, y caminaba siempre en su vía de beneficencia, constante é intrépido.

Vicente de Paúl era uno de los hombres que envía Dios de tiempo en tiempo á la tierra, para recordarla que existe. El Santo Ministro había descubierto un nuevo mundo, el mundo de la caridad; venía hollando como espinas, todos los dolores que había arrancado; tenía al rededor de sí una corte formada de imágenes del espósito, del preso, del pesidiario, del enfermo, del mendigo, salvados todos de la muerte ó de la desesperación por sus cuidados.

En torno de su calva frente el círculo de cabellos encanecidos y claros que ceñía su cabeza, parecía la humilde y pura corona de aquel, que había llevado más lejos el sacrificio de sí propio y el amor de sus hermanos,

En aquel momento la fisonomía del pastor se hallaba animada con todo su brillo; acababa todavía de salvar la vida á una pobre niña abandonada.

Presentó á las hermanas del Hospicio la criatura que traía debajo de su capa.

—¡Un angelito! dijeron todas. ¡Que hermoso, que fresco es! ¡Ay! ¡y está durmiendo!

—¡Sí, dijo Vicente: gritaba mucho sobre la fría piedra en que le he encontrado; pero, después que lo cogí en mis brazos, comprendió que se hallaba en lugar seguro y que podía tranquilamente dormir.

El Sacerdote entregó al niño á una de las hermanas, y bien pronto tuvo su camita caliente y sus pañales de lienzo blanco. Enterose después detenidamente Vicente de Paúl de que todo iba bien en el establecimiento, mirando las cortinas levantadas en cada cunita.

Vicente de Paúl no solo había fundado el establecimiento de los niños espósitos, sino también el convento de las misiones. Vicente de Paúl habitaba allí, y era el hombre más célebre de la cristiandad, el héroe de la caridad que su destino había arrojado en condiciones siempre diversas, siempre extraordinarias, que su carrera llena de averturas había llevado á las más miserables, á las prisiones, á los presidios, á los palacios de los grandes, á las cortes de los príncipes, y que sin embargo, permaneciendo pobre y sencillo, había trabajado sin descanso en el consuelo de la humanidad.

.....
Pero conviene conocer al personaje importante que, con el nombre de *Kara-Mouna*, hemos visto acompañar á Vicente de Paúl cuando le acometieron los ladrones.

II.

Vicente de Paúl, cuando era todavía un sacerdote muy joven, hallándose á bordo de un buque que bogaba hácia Narbona, fué atacado y cogido cautivo por un bergantín pirata.

Vicente de Paúl herido, prisionero, echado en el fondo de la cala, llegó así á las costas de Berberia, en donde sus compañeros de infortunio y él quedaron esclavos.

Fué vendido primero á un pescador; después á un

sabio alquimista, que quería enseñarle á hacer oro y que murió antes de haber acabado la lección; y después á un rico habitante de Túnez, poseedor de muchos feudos ó *tenars*.

Este le dió la dirección de uno de esos *tenars* ó quintas, inmediato á las ruinas de Cartago; y Vicente permaneció tres años cavando los campos, y velando en la cosecha de los dátiles, aceitunas y limones. Al cabo de este tiempo, vino el amo á visitar sus posesiones, y quedó asombrado del aspecto floreciente de las tierras, del orden, del buen porte y obediencia de los esclavos.

Después de haber pasado algunos días en aquel sitio, iba ya á dar la vuelta á Túnez, cuando una noche, atravesando un bosque de laureles, que crecen naturalmente en aquella tierra, oyó una voz de una melodía inesplicable, melodía que le era desconocida.

Era aquel hombre de una naturaleza meditabunda, exaltado, y más inclinado que la mayor parte de los orientales, á poblar de pensamientos su muelle ociosidad. Buscaba otra cosa en los perfumes exhalados de su pipa de ambar, más que el placer del olvido y del descanso eterno.

Al mismo tiempo era severo, imperioso con los suyos, duro con sus esclavos, y estas disposiciones absolutistas provenían en él de un instinto de justicia. Creíase, y lo era en efecto, el más prudente de su familia; por consiguiente, quería gobernarla. Se creía él solo más rico que los cien esclavos que trabajaban la tierra bajo sus ordenes, y así se creía más amado, más favorecido de Dios que los demás, y sacaba de estos pensamientos un orgullo soberbio para reinar, y una vara de hierro para someterlos.

Este terrible amo se llamaba Kara-Mouna.

Penetrado hasta el fondo del alma de los sonidos que acababa de oír, miró á todas partes, y vió entre las últimas ramas del bosque, que su esclavo Vicente, al terminarse el día, sentado á la orilla de una cisterna con sus compañeros de trabajo, cantaba en medio de ellos con palabras extrañas y una música desconocida, que los tenía á todos asombrados.

Vicente de Paúl, dice en una de sus cartas, donde refiere este incidente: "Cantaba con las lágrimas en los ojos, el cántico de los hijos de Israel cautivos en Babilonia."

Escuchó largo tiempo; y la mañana siguiente, quizo que su esclavo le hiciere oír á él solo aquellos cánticos que tanto le habían gustado.

Comenzadas estas conversaciones con la celeste melodía de los salmos, se desarrollaron en el sentido religioso y se prolongaron, hasta que Vicente hubo iniciado á su amo asombrado, entusiasmado, en todos los misterios de la religión cristiana. Entonces Kara-Mouna, arrojándose á los pies de su esclavo, le pidió el Bautismo.

Más aún, cuando encontró en el sacerdote que le había instruido una sabiduría de que la suya no era ni una sombra, tesoros de virtudes, comparadas con las cuales le parecían polvo sus riquezas, quizo que Vicente de Paúl fuese el amo y él el esclavo.

Vicente de Paúl, á fuerza de vivir en Dios y fuera del mundo, se hallaba bajo el mismo punto de vista que el neófito; daba poca importancia á los nombres terrestres de amo y de esclavo, y no poniendo interés real sino en la salvación, pensaba en efecto haber hecho más bien por el piopietario del *tenars*, abriéndole la vida eterna, que no en lo que este podía sacrificarle. Aceptó pues la proposición con tanta sencillez, como se le había hecho. Por primer acto de autoridad, exigió de Kara-Mouna, contra la intención de este, que dejase toda su fortuna á sus herederos naturales, no llevando de Túnez sino lo que los dos necesitaban para el viaje.

Así fué como Vicente de Paúl volvió á Francia de su cautiverio.

Desde entonces tuvo á su lado no al esclavo, como Kara-Mouna continuaba en creérselo, sino al servidor entusiasmado, decidido hasta la muerte, que le siguió por todas partes en sus largas peregrinaciones, y que le salvó más de un peligro por las fuerzas iguales de su corazón y de su brazo, como vimos al principio.

E. D.

Hechos de la Providencia.

A los que ponen en duda que tienen lugar diariamente entre nosotros hechos providenciales que demuestran palmariamente la misericordia divina, les recomendamos la lectura de la siguiente anécdota, que publica y de cuya autenticidad responde, nuestro colega *La Unión católica* de Valencia.

Con la humildad y recogimiento que las caracteriza en todos sus actos y haciendo abstracción completa de cuantos objetos exteriores las rodean, cruzaban, hace muy pocos días por la plaza de las Barcas, dos Hermanas de la Caridad.

Dos mozaletas, decentes al parecer, pero de esos que suelen olvidar hasta los primeros rudimentos de la educación, les salieron al encuentro; y se permitieron dirigirles algunas frases indecorosas, de las escogidas en el moderno repertorio, y que en todo tiempo fueron una prueba evidente de grosería y liviandad en quien las usa.

Las Hermanas siguieron su camino, no sin dirigirles una mirada de compasión.

Siete días habían trascurrido desde el susodicho encuentro, cuando una de las indicadas hermanas fué llamada á cuidar á un joven estudiante, que, ausente de su casa y familia, se encontraba atacado de una enfermedad contagiosa [viruela maligna]; y en la casa de huéspedes, no contando con la abnegación suficiente para arrostrar las consecuencias, creyeron más conveniente fiar el cuidado del enfermo á la caridad.

La hermana acudió inmediatamente al llamamiento, como siempre, y se instaló á la cabecera del enfermo.

Desde el primer momento reconoció en él al joven grosero, que siete días antes la insultara en una plaza pública; y esta circunstancia, en vez de amenguar, contribuyó á aumentar, si cabe, su solicitud.

El enfermo también creyó reconocer en la enfermera á una de las que habían sido objeto de sus burlas, y le preguntó si efectivamente era así.

La hermana evadió la contestación, excitándole á que descansase con tranquilidad.

El joven estuvo en grave peligro de muerte. Ya convaleciente, se dirigió un día á la hermana, á quien debía la vida por sus caritativos cuidados, y la dijo:

—"Hermana, tengo un peso en mi alma, que no puedo desear: U. fué una, lo recuerdo muy bien, de las Hermanas que encontré con otro compañero en la plaza de las Barcas, de las que nos mofamos con palabras inconvenientes. Hoy debo la vida á sus cuidados, cuidados que tal vez mi familia no me hubiera prodigado con tanto esmero. Si es U. una de las ofendidas, dígame para que le pida perdón y descargue mi conciencia de este peso.

—"Pues bien, sí; yo misma fui.

—"Hermana, ¡y habrá quien diga que no existe la Providencia!"

De la Revista Popular.

La Santa Sede y la Masonería.

Quando Pio IX declaró dogma de fé católica la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, se reunieron en Roma al redor de la Sede Apostólica 53 Cardenales y 141 Arzobispos y Obispos, que habían llegado de las cinco partes del mundo.

Quiso el *Pastor de los pastores* aprovechar esta oportunidad para indicar á tantos prelados allí reunidos, los errores más graves que en la actualidad amenazan á la Religión y á la Sociedad; en qué orden ó categoría deben conceptuarlos; con qué celo y por qué medios deben ser combatidos.

Para esto, los reunió en San Pedro el día siguiente de la declaración dogmática, esto es el 9 de Diciembre de 1854, y les dirigió una alocución, en la que les descubrió las verdaderas tendencias de la *Masonería*, y la colocó en el primer lugar entre todos los errores y entre todos los males más funestos á la Religión y al orden social.

Hé aquí las palabras del Soberano Pontífice:

"Considerando desde lo alto de esta Silla Apostólica, que es como la ciudadela de la Religión, los funestos errores que en estos tiempos tan difíciles se propagan en el mundo católico, nos ha parecido oportuno indicároslos á vosotros mismos, Venerables Hermanos, con el fin de que empleis todas vuestras fuerzas en combatirlos, vosotros que os hallais constituidos en custodios y centinelas de la casa de Israel.

"Sin cesar gemimos por la existencia de una raza impía de incrédulos, que quisieran exterminar todo culto religioso, si les fuera posible, á quienes hay que agregar, ante todo, esos afiliados en las *sociedades secretas*, que, ligados entre sí con un pacto criminal, no desperdician medio alguno para arruinar y destruir la Iglesia y el Estado, violando todos los derechos. Ciertamente sobre ellos recaen aquellas palabras del divino Redentor; "*Sois hijos del demonio, y queréis hacer la obra de vuestro padre.*"

Después de escuchar la palabra del Vicario de Cristo, dirigida al Episcopado católico, al darle la norma de conducta que debe seguir con los fieles—¿habrá católico tan sencillo, que se *deje persuadir* que la *Masonería no es mala*, ó que por lo menos, no es un mal tan grave, como dice el Clero?

El Sacerdocio católico y el pueblo.

En *El Figaro* de París encontramos datos preciosos sobre lo que hace por los hijos del pueblo el Sacerdocio católico, tan calumniado.

Después de haber hablado de la *bate Roussel*, que educa cuatrocientos huérfanos en el Huerfanato de Auruil, habla de otros héroes de la Iglesia católica.

"Vosotros conocéis sin duda, dice *El Figaro*, la obra del Padre Bosco, que llena toda la Italia, obra debida á su iniciativa personal, solo que en vez de recojer trescientos niños, ha acogido seis mil.

"Vosotros conocéis también la *raggedschools* de Londres, creadas por un Lord; pero lo que talvez ignorais es que existe en Norte-América, cerca de Nueva York, fundado por el Padre Hoguet hace diez y seis años, un Huerfanato que tiene hoy dos mil niños, asilo cuyo solo edificio costó cinco millones de francos, y que para sostenerlo es preciso gastar cada año un millón y cien mil francos.

"Este millon y cien mil francos es pagado completamente por suscripciones individuales, y por una subvención del Gobierno, quien, aunque este Huerfanato es una obra católica, lo favorece."

El Figaro, nada sospechoso de fanático, compara á estos tres Sacerdotes con San Vicente de Paúl, y los llama, como en verdad son, los verdaderos padres del pueblo.

Así responde el sacerdocio católico con obras, á sus ignorantes y malvados calumniadores.

De la Revista Popular.

La caridad y la filantropía.

En la Capital de Tegucigalpa y en el Salto, las Her-

manas de la caridad hijas de San Vicente de Paúl sostienen cinco hospitales, donde hay 2,400 enfermos, 120 ancianos, y 40 locos.

Sostienen además cinco escuelas, donde tienen 110 educandas y crecidísimo número de alumnas esternas; dos casas de asilo para jóvenes huérfanas: tres, para jóvenes huérfanos: cuatro casas de consultas gratuitas y una casa para recojer niños espósitos recién nacidos.

"Id allá, dice, con tal motivo, *L'Union* de París, Id allá, filántropos ateos, y al cabo de algunos meses de dirección vuestra, veremos á que queda reducida la prosperidad de esos asilos creados por la fé, sostenidos por la esperanza y alimentados por la caridad."

De la Revista Popular.

Los Matrimonios al uso del día.

[ELLOS.]

—¿Conque te casas, Gil?—Sí, Antón, me caso.

—¿Y qué es lo que te induce á dar tal paso?

—¿Hallarte una mujer buena y querida,

Con quien partir la escena de la vida?

—Buena? . . . será tal vez, pero ¡la quiero!

Me trasteinta mil duros en dinero.

No es que sea ambicioso; esto concilia

Risueño porvenir á mi familia.

[ELLAS.]

—¿Cuando es la boda, Luz?—Querida Juana, El lunes á las seis de la mañana.

—¿El lunes á las seis? temprana boda.

—¿Y esto te estraña, chica? ¡Si es la moda!

—¿Mas dime, entre nosotras, él te quiere,

Y tú á él, ¿es verdad? eso se infiere.

—¿Si me quiere, preguntas? júzgalo antes:

Las joyas que me dió, son de brillantes;

Un prendido de perlas orientales,

En tamaño y color todas iguales;

Brazaletes, y anillos y arracadas

Por artísticas manos cinceladas.

A mi menor capricho respondía,

A mi menor querer satisfacción.

Con estos precedentes, me traslado

Algún tiempo después al nuevo estado.

Verás que gusto en disponer la casa,

Ya que mi voluntad no tendrá tasa.

Alfombras que al andar crujan sin ruido,

Tapices de un color . . . rojo encendido,

Muebles de ébano, lámparas y espejos

Que finjan mis salones á lo lejos.

¿No es verdad que es mi suerte bien dichosa?

¿Cuántas me envidiarán el ser su esposa!

—Pero ¿el amor? Por el amor pregunto,

—Con el trato, el amor sube de punto.

[CONSECUENCIAS.]

Gil era muy rico, ni siquiera

Tuvo necesidad de una carrera;

Tuvo dinero yá, pero ¡oh dolor!

Ni él ni su mujer pizea de amor.

En criminal pasión gastó el dinero,

Y ya tenéis á Gil un pordicero.

Ella . . . ¡vendió las joyas que tenía,

Para comprar el pan de cada día!

Aquel Antón, de Gil íntimo amigo,

Ya no le conoció siendo mendigo.

Y cuando ambos esposos consumían

Las horas del dolor en que sufrían,

Conocieron ¡muy tarde por desdicha!

Que en la virtud y el amor está la dicha.

Sebastian Trullol y Plata.

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO.

al aprecio y respeto de la religión; se necesita, además, levantar al cielo los ojos en oración fervorosa, para implorar los auxilios de la gracia divina, con gemidos y suspiros que brotan del corazón, y que sean á la manera de exhalaciones del alma nacidas al impulso de la contemplación de la majestad y perfecciones de Dios, ó de las miserias propias y ajenas de nuestra pobre humanidad degradada por la culpa y por las malas pasiones.

Todo esto es preciso, indispensable, para salvar al hombre sordo-mudo en asuntos de religión y de moral.

Por más que queramos hacer aparecer nuestra conducta como una consecuencia de nuestras convicciones y creencias, es necesario que nos persuadamos que las más de las veces sucede todo lo contrario; esto es, son las creencias y las convicciones resultados de la conducta, ya se trate de lo bueno ó de lo malo.

El hombre que tiene un corazón recto y ordenado, que domina sus pasiones y las somete al dictamen de la razón, que en todo busca la perfección de su ser, y desarrolla sus facultades de conformidad con lo que de él exige su racional naturaleza; un hombre tal, decimos, no puede ménos que ser sumiso á las inspiraciones de la fé, y hallarse bien dispuesto á recibir y aceptar las más duras y severas prescripciones de la religión y la moral.

Por el contrario, un hombre de costumbres depravadas, que se deja arrastrar del impulso de sus pasiones, que poco se cuida de acatar los dictámenes de la razón y de la conciencia, ni menos de acomodarse á las naturales exigencias en el uso y desarrollo de sus facultades intelectuales y sensibles; un hombre semejante, decimos, buscará siempre pretextos para eludir el imperio de las creencias, que le parecerá insoportable, y fácilmente hallará por todas partes motivos que le separen del orden sobrenatural revelado á las criaturas racionales.

El hombre de corazón suave, dócil y sencillo, es ya de suyo un creyente, que fácilmente se persuade de la fé, y que ama la religión con toda la fuerza y la energía de su alma. Pero el de corazón doble, rebelde y depravado, es un descreído, que difícilmente deja el error que le halaga para abrazar la verdad que le molesta, ó la impiedad que le promete placeres criminales para abrazar la religión que solo le impone restricciones y sacrificios.

Es preciso, pues, que la conversión del hombre incrédulo, como la curación del sordo-mudo del evangelio, comience por separar absolutamente su corazón de cuanto pueda lisonjear sus pasiones ó los perversos instintos de la naturaleza corrompida. Esto no puede lograrse sino con la gracia de Dios, única que sabe purificar al hombre de sus vicios, de sus culpas y sus manchas.

Una vez ganado el corazón, está ya ganado todo el hombre, y ganado para Dios.

Es el hombre semejante á una piedra, á la que algún obstáculo detiene á cierta altura. Removido el obstáculo, al momento se precipita, por la sola fuerza de su gravedad, hácia el centro de la tierra, en busca de un reposo absoluto ó de un equilibrio estable.

El hombre, creado para Dios, tiene con toda la fuerza de su enérgica actividad y de sus facultades racionales hácia el mismo Dios, como centro de su alma y de sus afecciones todas, y como único punto en que halla el reposo absoluto á que aspira su ser y toda su existencia, condición de equilibrio estable, perfecto y duradero, fuera de la cual no vé sino inquietudes, angustias y tormentos.

El apego de su corazón á los bienes de la tierra, al placer de los sentidos, á los objetos de sus malas pa-

siones, puede ser un obstáculo que le detenga en la carrera y que le impida su caída hácia Dios; pero una vez removido, la dirección es segura, y no se necesita más que y dejarse suave dulcemente arrastrar por la razón y por lavoz de la conciencia.

San Salvador, julio de 1883.

CRONICA INTERIOR.

Un Documento importante.

"El Diario Oficial" acaba de publicar la importantísima revista, que el ilustrado Señor Dr. Carlos Gutiérrez, Representante del Salvador en España, dirigió al Señor Ministro de Relaciones de esta República, con motivo de la recepción del sabio donónico, Fray Zeferino Gonzalez, Arzobispo de Sevilla, en la Real Academia Española.

Recomendamos á nuestros suscritores la lectura de ese escrito, en el cual encontrarán entre los incautos de la más bella literatura, las apreciaciones más exactas sobre el Catolicismo y sobre el Sacerdocio, tan venerados por las sociedades cultas y por los centros más luminosos del saber humano, cuanto despreciados y calumniados por las sociedades que empiezan, y por los oradores que no pasan de la mediana.

El Señor Gutiérrez en su revista, el Señor Gonzalez en su discurso de recepción, el académico Señor Don Fernando Alvarez en su discurso de contestación, y la prensa española de diferentes partidos en las apreciaciones que ha hecho de los dos anteriores documentos, concuerdan perfectamente en la misma doctrina. Ellos señalan el racionalismo moderno como el origen de todos los errores y de todas las pasiones que actualmente zocaban los fundamentos de las naciones europeas, y que las arrastran en impetuosa corriente al más completo caos: y, después de reseñar los triunfos civilizadores del catolicismo en la extensión de los pasados siglos, señalan la fé católica como el faro luminoso y como el puerto seguro, para salvar los intereses humanos del naufragio universal.

Creemos que nuestros conciudadanos que, por desgracia, tienen que escuchar y que leer en nuestra patria doctrinas contrarias, esto, es, que el racionalismo es la luz, y que el catolicismo es las tinieblas, podrán comparar entre argumentos y argumentos, entre autoridades y autoridades, entre demostraciones y demostraciones.

Conferencia de Señores de San Vicente de Paúl.

El Domingo 22 del corriente tuvo lugar la reunión general anual de la Conferencia de Señores de San Vicente de Paúl.

No podemos dar á nuestros lectores relación de ella más auténtica, que la contenida en el acta que se publica á continuación: ni podemos tampoco hacer mejores comentarios de las obras de esta benéfica institución, que los que se desprenden naturalmente de la simple lectura de la Memoria, leída por el Secretario.

SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

EN LA REPUBLICA DEL SALVADOR.—AMÉRICA CENTRAL.
SAN SALVADOR.

Acta de la primera Asamblea General celebrada por la Conferencia del Distrito de San Salvador (única establecida hasta hoy) el día 22 de Julio de 1883, correspondiente á la festividad de San Vicente de Paúl.

Presidencia del Ilmo. Señor Obispo de esta Diócesis, Doctor Don José Luis Cárcamo y Rodríguez.

A las dos p. m. se abrió la sesión con las preeces y lectura espiritual de Reglamento.—El Secretario leyó una nómina de los socios activos y honorarios de la Conferencia, así como de sus bienhechores y á continuación la siguiente:

MEMORIA

LEÍDA POR EL SECRETARIO DE LA CONFERENCIA DEL "DIVINO SALVADOR" EN LA PRIMERA JUNTA GENERAL, CELEBRADA EL DÍA 22 DE JULIO DE 1883.

Ilustrísimo Señor

Venerable Clero.

SEÑORES:

Encargado como Secretario general de la Conferencia del "Divino Salvador," única que hasta hoy está establecida en la República, para presentar en esta primera Junta general una Memoria de todos sus actos, desde su fundación hasta el presente, cumplo con este deber, no proponiéndome hacer un elocuente discurso, de que no soy capaz, sino presentando una sencilla reseña histórica de sus incipientes trabajos, siguiendo así el espíritu del reglamento, que quiere que estas juntas no sean de aparato, sino como testualmente dice, "una reunión de familia más numerosa de lo acostumbrado, pero siempre humilde, cristiana y llena de sencillez."

La bondad de Dios Nuestro Señor nos inspiró á principios del año de 1881, la idea de procurar imitar, en cuanto nuestras escasas fuerzas lo permitieran, los sublimes actos que por medio de la caridad cristiana realiza la Sociedad de "San Vicente de Paúl" en su inmensa ramificación por casi todos los países del mundo. Con datos, reglamentos y consejos que gratuitamente nos proporcionó el Consejo Superior de Méjico, celebramos nuestra primera reunión preparatoria el 17 de Abril de 1881 con un personal de ocho socios; resultando nombrados en la misma sesión, como Presidente el Sr. D. Federico Prado, Secretario el que suscribe y Tesorero Don Miguel Yúdice; y como Vice-presidente, Pro-secretario y Pro-tesorero respectivamente, los Señores D. Domingo Guillen, Dr. D. Samuel Martínez, y Don Belisario Guillen.

Después de algunas sesiones, teniendo ya esperanza fundada de su estabilidad, y con la recomendación de nuestro Ilustrísimo Prelado Diocesano, deseando obtener las gracias anexas á la Sociedad General de San Vicente de Paúl, nos dirigimos con fecha 21 de Setiembre del mismo año al Consejo General de París, solicitando la agregación de nuestra conferencia, bajo la advocación del "Divino Salvador," habiéndose dignado concederle dicho honorable Consejo en su sesión de 3 de Abril de 1882. Desde entonces hemos procurado mantener con él las más respetuosas y cordiales relaciones, enviándole todos los datos é informes que de nosotros ha solicitado, y suscribiéndonos á su Boletín mensual, así como al del Consejo Superior de Méjico.

Nuestras obras se han reducido hasta hoy

Primero: á la visita domiciliaria de familias pobres, procurando socorrerlas en proporción á nuestros recursos y á las necesidades relativas de cada una de ellas, y prodigiándoles, en lo posible, los consuelos y consejos que las circunstancias especiales de su vida reclamaban. Entre otras cosas se ha edificado en terreno de una persona caritativa una pequeña habitación, destinada á una infeliz impedida que hacia muchos años vivía á la intemperie; se han colocado en el Hospicio algunos niños, y hemos tenido la satisfacción de conseguir que recobre la razón una pobre

demente, merced al cambio de temperatura, cuidados que se le han prodigado y á la asistencia médica del Sr. Dr. W. Velten y otro médico, socio de la conferencia.

Desde nuestra fundación hemos acogido 29 familias, de las cuales tenemos en la actualidad 17, habiendo muerto, en diferentes épocas, 5 de nuestros patrocinados con todos los auxilios de la religión y los que en lo humano hemos podido suministrarles. De las restantes, una fué recomendada por ser de mujeres solas, á la Conferencia de Señoras, y las demás han mejorado de posición.

Segundo: hemos procurado la mejora moral y material de los encarcelados, visitándolos semanalmente comisiones nombradas por nuestra Conferencia y estableciendo una pequeña escuela elemental en las prisiones, cuyas obras han producido fecundos resultados; pues, ayudados del celo de algunos dignos sacerdotes, hemos tenido el gusto de que una gran parte de los presos purificados por el sacramento de la penitencia, hayan recibido la Sagrada Eucaristía en tres ocasiones distintas, en las cuales se ha celebrado el Divino Sacrificio de la Misa, y á cuyos actos han asistido varios de los socios y otras personas piadosas, repartiéndoles después desayuno y algunas pequeñas cantidades en metálico. También se les han procurado maestros y proporcionado materia prima para la fabricación de sombreros y petates, cuyos productos hasta hoy se han invertido en gratificaciones á los mismos presos y en la compra de nuevos materiales para esas industrias. En el interior de las cárceles se ha habilitado una pequeña enfermería, con camas, ropa y otras cosas indispensables; y por último, en diferentes ocasiones hemos ocurrido á las autoridades locales, para que recordasen el cumplimiento de sus deberes al alcaide y al médico oficial, y procurasen evitar los abusos consentidos por algunos oficiales de guardia. Para dos de las obras relacionadas, hemos recibido decidida ayuda y aun protección pecuniaria de la estimable Señora Doña Sara G. de Zaldívar; y desde el 7 de Marzo del presente año, recibimos mensualmente de la H. Corporación Municipal la suma de \$ 15, para el sostenimiento de la citada escuela.

Tercero: al principio de nuestra existencia fundamos una pequeña escuela nocturna de artesanos; más, comprendiendo que no llenaba su objeto por falta de puntualidad en los alumnos y que los recursos en ella invertidos eran necesarios para el cumplimiento de deberes más esenciales, como la visita domiciliaria á los pobres, tuvimos el sentimiento de cerrarla, y hoy solo patrocinamos en lo posible una escuela de niños gratuita, que dirige Don Liberato Dávila.

Cuarto: Con fecha 1º de Abril del año próximo pasado, tuvimos la honra de remitir á Su Santidad, el Señor León XIII, una letra de frs. 1000 para el Óbolo de San Pedro, que independientemente de los fondos de la conferencia, conseguimos recaudar de varias personas de esta Ciudad, que muy gustosamente se prestaron á contribuir con aquel objeto.

Por último, hemos asistido en cuerpo á las principales solemnidades religiosas, especialmente en los santos días de la *Semana Mayor*.

Para el sostenimiento de nuestras obras, contamos como ingresos ordinarios, el producto de la colecta semanal y algunas cantidades fijas con que mensualmente contribuyen varias personas caritativas; y como extraordinarios, unos cuantos donativos aislados que en diferentes épocas hemos recibido. Desde la fundación hasta el presente, arrojan todos los ingresos una suma de \$ 1611, 25 centavos, y los egresos la de \$ 1578, 81, demostrando una existencia actual de \$ 32-43. Sin incluir en aquella operación lo destinado al Óbolo de San Pedro.

En la actualidad, contamos con un personal de 25 socios activos, siete honorarios y tres aspirantes; y tenemos que lamentar la muerte de dos de nuestros caros consocios, Don Inocente Calderón y Don Virgilio Pinto [Q. en P. D.]

Nuestras relaciones con la autoridad eclesiástica, á la que desde el principio dimos conocimiento de nuestra fundación, han sido de respetuosa obediencia y cordialidad, recibiendo de ella todos los auxilios y protección que hemos solicitado, por lo que de lo íntimo de nuestro corazón le dirigimos los más fervientes agradecimientos.

Debemos también nuestra gratitud á las autoridades locales, que más de una vez nos han prestado su ayuda, y jamás, como era natural, han puesto obstáculo á la marcha de nuestra obra.

La lectura de varios documentos y párrafos de nuestro reglamento que vais á oír, os darán una idea más clara de nuestros actos, y os harán conocer algunas de las innumerables gracias, indulgencias y bendiciones, que nuestra madre la santa Iglesia á manos llenas tiene concedidas, no solo á los socios activos y honorarios de la Sociedad de San Vicente de Paúl, sino á todos los que directa ó indirectamente cooperaren con sus recursos, su posición, ó su persona á sus actos de caridad.

Réstame tan solo tributar á nombre de la conferencia la más profunda gratitud á Nuestro Ilustrísimo Prelado Diocesano, Venerables Sacerdotes y demás caballeros, que se han servido honrarnos con su asistencia á esta reunión y elevar nuestros humildes homenajes á Dios Nuestro Señor, por medio de su santísima Madre y de nuestro Santo Patrono San Vicente de Paul, bendiciéndole una y mil veces por el señalado favor que nos ha concedido de poner en el país la primera piedra de esta obra caritativa, pidiéndole humildemente nos conceda su divina gracia para dedicarnos con verdadero entusiasmo á ellas, y que aliente por el mismo camino á todos nuestros hermanos de Centro-América, para empeñarnos en aliviar, siquiera en mínima parte, las grandes miserias morales y materiales que aquejan á la humanidad.

N. Rendón T.

En seguida leyó igualmente la carta de agregación de esta Conferencia acordada por el Consejo General de París, algunos documentos importantes y un extracto de las gracias é indulgencias concedidas por la Santa Sede y por nuestro Ilmo. Prelado á la Sociedad y sus bienhechores.

Terminada la lectura de aquellos documentos, dirigieron los Sres. sacerdotes Doctores Don Manuel F. Vélez y Don José Antonio Aguilar, una breve alocución á los socios. A continuación su Sra. Ilma. exhortó á todos al cumplimiento exacto de sus deberes como verdaderos católicos, animándolos á continuar con celo la obra emprendida, y dándoles su bendición episcopal.

Concluido que hubo Su Señoría, se hizo la colecta que produjo \$15, 5 reales, y se entregó un donativo de cinco pesos enviados por Don José María Fernández, cuyas cantidades ingresaron á los fondos de la Conferencia del Divino Salvador, por no existir aun Consejo en esta ciudad.

Con las oraciones finales y el "De profundis" por los consocios y pobres acogidos difuntos, se terminó la Asamblea á las 3½ p. m. habiendo asistido además del Ilustrísimo Sr. Obispo y de los sacerdotes nombrados, algunos otros Sres. sacerdotes, varios de los Señores bienhechores, la mayor parte de los socios activos y honorarios, y el infrascrito secretario.—N. Rendón T.

Es copia fiel del original que obra en el archivo de mi cargo.

N. Rendón T.

Sociedad de Señoras de San Vicente de Paúl.

No pudiendo disponer del tiempo ni del local suficientes, para dar á nuestros lectores informes detallados de la Junta General, que tuvo lugar el 25 del corriente, lo diferimos para el próximo número.

Nos limitamos por ahora á felicitar á ese noble grupo de Señoras, que inspiradas por la caridad, se dedican con tanto afán á investigar las necesidades del pobre para aliviarlas y remedarlas. Ellas forman un verdadero contraste con el carácter egoísta del siglo: porque, mientras que el egoísmo empuja á la sociedad presente por todas partes á los placeres, á las riquezas y á los honores, la caridad cristiana transporta esas almas fieles, en busca de los dolores, de la pobreza y de la humillación.

Los grandes resultados obtenidos por la Sociedad de Señoras en el poco tiempo transcurrido, son el mejor augurio de los mejores que obtendrán de día en día, sí, como no lo dudamos, su fervor y su constancia siguen inspirándose en la fé y en la piedad.

Moral pública.

Entre los adornos de una casa recientemente construida en la calle del Calvario, que es una de las principales de esta ciudad, se ha colocado sobre cada una de las puertas estatuas y grupos muy poco conformes con la honestidad y decoro.

Eso es prohibido, no solo por la ley natural, sino además por las leyes civiles de cuyo cumplimiento están encargadas las autoridades locales y la policía.

Es además una circunstancia muy agravante el que esa casa esté frente á un colegio de niños, y en el tránsito por donde pasan las niñas que asisten á otros dos establecimientos de educación situados en la misma cuadra.

Aunque sabemos que algunos padres de familia están dispuestos á hacer una gestión á las autoridades, para que, respetándose la inocencia de sus hijos, se quite ese escándalo que la perjudica, nosotros cumplimos el deber de denunciar á la sociedad un mal, que influye tanto en las costumbres públicas.

CRONICA EXTERIOR.

ITALIA.

Valor católico de las Señoras de Milán.—El lunes 9 del pasado, después de una misa celebrada en las tres parroquias de Milán para obtener de Dios la desaparición de la epidemia de las viruelas, se reunieron más de mil mujeres y recorrieron la ciudad cantando cánticos religiosos, terminando por postrarse al pie de la gran Cruz.

El Alcalde, ciudadano libre-pensador, que había prohibido las procesiones, creyó ver en la manifestación femenil, aunque realizada sin la presencia del clero, una desobediencia á lo que había dispuesto, y llevó á los tribunales á 50 mujeres, contra las cuales pidió el Fiscal 2 días de prisión y una multa. El juez creyó castigado suficientemente el delito con la multa.

Las sentenciadas fueron victoreadas á la salida del tribunal, y en el acto se organizó una nueva procesión más numerosa que la anterior y que recorrió las calles rezando el rosario y cantando el *Magnificat*.

Muerte cristiana del impío Ricotti.—El Senador Ricotti, Presidente de la Academia de Ciencias y muy popular entre los sectarios de las masones, ha tenido la dicha de arrojarse en la hora de la muerte, Resolvió no sufrir en la gravedad del enfer-

mo, los periódicos liberales entonaron grandes alabanzas y se prepararon á hacer un solemne entierro civil.

Pero el Sr. Rinotti ha desvanecido todos esos malos propósitos. Viendo que la muerte se acercaba, llamó á un sacerdote, abjuró públicamente, y ha exhalado el último suspiro pronunciando el nombre de nuestro Señor Jesucristo.—R. I. P.

Peregrinación á Roma iniciada por el Duque de Salviati—El Duque de Salviati, Presidente del Comité general de la Obra de los Congresos, ha dirigido un hermoso manifiesto á los católicos italianos, invitándolos á organizar una peregrinación á Roma para el próximo Otoño.

“Demos al Papa—escribe el Duque—una prueba señalada de adhesión y cariño que le sirva de lenitivo y consuelo en sus amarguras, y que al mismo tiempo sea testimonio verídico y elocuente de que Italia, la verdadera Italia, está siempre unida al Papa, á quien debe sus legítimas grandezas y glorias.

“Y procurémosnos nosotros también el inefable consuelo de visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, y de hincar nuestras rodillas con suma reverencia ante aquel, que representa al mismo Dios en la tierra.”

El manifiesto acaba con estas entusiastas palabras: ¡A Roma! ¡A Roma!

INGLATERRA.

Se escribe de *Sheffield*:

“El movimiento en favor de la temperancia se acentúa cada día más y toma proporciones del todo consoladoras.

“En la semana última ha tenido lugar un gran *meeting*, con el objeto de establecer una sección de la *Liga de la Cruz*.

“El elemento católico preponderaba en esa reunión.”

“El presidente resumió en una frase los principios de asociación: “abstinencia total de todo licor embriagador.”

“Leyó á continuación el telegrama siguiente del Cardenal Manning:

“Doy mi bendición á la Liga de la Cruz, á todos sus miembros, y especialmente á sus jóvenes adherentes, á los hijos de los miembros, y sobre todo al clero y al reverendo presidente.”

“El Dr. Hunt, médico de alta reputación, había espuesto en un discurso nutrido de hechos, los males producidos por el alcoholismo. Agregado él á la explosión del “*Workhouse de Sheffield*,” vió en calidad de médico mil y mil enfermos pasar cada año á su cuidado, y declaró que la mayor parte de las enfermedades tienen por causa directa ó indirecta el abuso de los licores fuertes.

“El reverendo James Nungent de Liverpool declaró, que en su calidad de capellán de la prisión de aquella ciudad podía certificar, que de diez presos, por lo menos nueve, lo eran por abuso de licores fuertes.

“La embriaguez, esclamó él, ha matado tantos hombres en Inglaterra, cuantos no mató jamás ninguna epidemia, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos. Es un deber de los cristianos luchar contra ese enemigo que el hombre voluntariamente se ha creado, el cual envilece la humanidad en su esencia más pura, la razón, y le conduce al crimen y á la locura.”

“El éxito del *meeting* ha sido considerable: un gran número de asistentes se hicieron inscribir en el acto como miembros de la “*Liga de la Cruz*.”

FRANCIA.

Providencias del Gobierno Francés en París, contra los socialistas.

Los anarquistas estaban preparados para renovar, tal vez con mayor violencia, las escenas sangrientas y los desórdenes de la *Comuna* en 1871, cuyo aniversario iban á celebrar el 18 de marzo.

Ese día, por fortuna, aunque con grande alarma, se pasó en calma, debido á las providencias tomadas por el Gobierno, que fueron las siguientes:

—El 7º regimiento de coraceros é infantería estaba dispuesto en orden al rededor del Campo de Marte, de modo que á la primera señal, toda la inmensa plaza quedaba bloqueada. La gendarmería móvil y departamental, la guardia de París y el Cuerpo de las guardias de paz debían, en cada operación que hubiere de hacerse, apoyar á la tropa: eran por todos 25 mil hombres. Otro regimiento de coraceros ocupaba el Palacio de la Industria.

En el cuartel de la *Pebinière*, á las tropas allí destinadas se les habían repartido municiones y víveres de campaña. Cincuenta hombres armados, con saco á las espaldas, estaban en el patio, prontos á formar la vanguardia á la primera señal de ir á ocupar la estación y la plaza de Europa.

Finalmente los cuerpos de ejército de Ruan, Amiens y Lilla se mantenían prontos á marchar sobre París, al primer aviso que recibiesen.

En vista de tales preparativos, todos los forasteros alojados en los espaciosos hoteles de *Rue de pair*, *Rue de Rivoli* y *Cours de l'Opera*, abandonaron sus habitaciones; y en el Bosque de *Bologne* no se vió en aquel día ningún coche de consideración.

(*L'Unità Cattolica*.)

La *Semana Católica* refiere el siguiente hecho acaecido en Blois en una escuela de niñas:

“La maestra propuso á las niñas que leyesen el *Manual* de Paul-Bert; más *todas ellas* a una contestaron inmediatamente, que de ningún modo leerían aquel libro prohibido.

—Pero ¿quién os prohíbe su lectura?

—Nuestra conciencia, contestó una de las niñas.

—Vuestra conciencia, respondió os manda obedecer á los maestros.

—Señora, replicó otra niña, la cual era de las más avisadas; yo estoy dispuesta á obedeceros en todo, menos en aquello que se opusiere á la voluntad de Dios.

La maestra instó de nuevo, pero inútilmente; hasta que ya impacientada y enojada, les dijo:

—Pues que rehusáis leer vosotras, leeré yo y me oiréis.

—Señora, objetaron las niñas, sabed que nos está prohibido, no solo el leer los malos libros, sino también el oír su lectura.

Sin embargo, la maestra se puso á leer.

Pero una cosa es leer y otra hacerse oír. Las niñas, como movidas por un resorte, se taparon luego, y muy bien tapadas sus orejas con las manos. La maestra, á pesar de todo, insiste en su lectura; pero las niñas á su vez insisten no menos tenazmente en seguir sor las á la voz de su maestra.

Al cabo de cerca de una hora, desistió la institutriz de su empeño, convencida de que le era imposible sostener aquella lucha.

Al otro día ni á los siguientes tampoco pudo lograr que la oyesen leer aquel libro, y vencida por tanta resistencia, prometió á las niñas que traería otro libro. En efecto; pasados unos días, les entregó el libro de Mme. Greville; pero en seguida manifestaron las niñas que ese también estaba prohibido, y por consiguiente contra él había las mismas razones que contra el *Manual* de Paul-Bert, y que ellas no querían leerlo ni oírlo leer. La maestra, advertida por la ex-

perencia, no insistió esa vez, y les dijo que buscaría otro libro."

El pernicioso libro de Paul-Bert aparecerá traducido al español, se repartirá con profusión, circulará sin trabas por los colegios, envenenando y matando con fruición de los malos y dolor de los buenos; profesores. profesoras, ¡alerta! Sed angeles de salvación para vuestros alumnos y educandas, como aquella maestra de Blois fué el demonio de la tentación.

ESPAÑA.

(Semana Religiosa.)

El Rdo. P. Mothon, de la Orden de Predicadores, dirigió la palabra en la Iglesia de San Mauricio de Lila á 6,000 personas, reunidas para instalar la Cofradía intitulada *Del Crucifijo*. Todos los concurrentes que llevaban la sagrada imagen colgada al pecho, la levantaron en alto para que la bendijese el arcipreste. ¡Qué espectáculo tan consolador! No vemos por acá ninguno de esta clase, y en otros países son tan frecuentes y tan fervorosos.

La autoridad civil, para que todos lo entiendan, el Gobernador civil de Valencia, por sí y ante sí, dió permiso para trabajar el día de fiesta en la fábrica de cigarros de aquella ciudad; al saberlo el Sr. Arzobispo, protestó de tal permiso. Los preceptos eclesiásticos no están á su alcance, ni al del Rey, ni al de las Cortes, ni al de todos los tribunales. Recuérdese aquel aforismo: *Ejus est tollere, cujus est condere*; quita ó dispensa quien pone ó manda.

SECCION DE VARIEDADES.

Biografía de Voltaire.

Francisco María Arouet, nació en Chatenay, cerca de París en 1694. Su padre era un notario antiguo.

Voltaire fué educado en París en el Colegio de los Jesuitas, y fueron sus maestros los PP. Porce y Le Fay.

Refiere Condorcet que espantado el P. Le Fay de la audacia de las opiniones del joven Arouet, le dijo un día, *que sería con el tiempo el corifeo de la impiedad en Francia*; profecía demaciado fielmente cumplida.

Salió Voltaire del Colegio á la edad de diez y seis años, y cuando estudiaba leyes, hallábase ya afiliado en las sociedades más corrompidas de la capital.

Habiendo tenido mil querellas con su padre, decidió este enviarle á Holanda en calidad de Secretario de Embajada; y apenas hubo llegado á la Haya, cuando el buen joven dió motivo por su libertinaje á que lo enviasen á su casa. No pudo recobrar la amistad de su padre, sinó á condición de trabajar en casa de un procurador; pero su negligencia, y aun su disgusto hacia esta carrera dieron ocasión á que le despidiesen.

Voltaire era mal hijo y fué también mal ciudadano. En 1715 se atrajo, por palabras más que ligeras, una bofetada que le dió un actor anciano estando en las chimineas del teatro; y algún tiempo después fué señalado con una cuchillada, que le dió un oficial á quien había calumniado.

El que era mal hijo, y mal ciudadano, debía ser también mal súbdito. En efecto apenas murió Luis XIV, empezaron á aparecer contra este monarca mil bajas é indecentes sátiras, y habiendo recaído las sospechas sobre Voltaire, fué conducido á la Bastilla.

Apenas hubo salido de la prisión, se vió precisado á dejar á París; porque ligado con los lazos de amistad con los autores de un complot que acababa de descubrirse, fué acusado de tener parte en la conspiración: retiróse pues al castillo de Sully, en donde no tardó en manifestar su libertinaje. Marchó después á Holanda y permaneció allí algún tiempo; pero su espíritu inquieto le hizo volver á la capital. Las palabras insolentes que se permitió contra un joven caballero, valiéronle de parte de los criados de este multitud

de bastonazos, y la autoridad le destinó por seis meses á la Bastilla, con orden de salir de Francia al espirar su condena.

Así que, á la edad de treinta y un años, Voltaire contaba estas horrosas aventuras: había sido lanzado de casa de su padre y del procurador; despedido de la Holanda; abofeteado por un cómico; señalado por la espada de un oficial; preso en la Bastilla; desterrado de París; apaleado por los criados de un caballero á quien había insultado; puesto por segunda vez en la Bastilla; y desterrado de Francia.

Filósofos! Ved aquí el gran apóstol de la impiedad! ¡Admirad su juventud y su carrera!

Desde la Bastilla pasó á Inglaterra, poblada entonces de *libres pensadores* que trabajaban como de concierto en minar los fundamentos del cristianismo: publicó en Londres la *Henriada* y engañó á su librero, quien renovó sobre las espaldas del poeta la corrección aplicada tres años antes por los criados del caballero de Rouan.

Este doloroso accidente hizo á Voltaire solicitar el permiso de volver á Francia, y lo obtuvo. Hospedado en un arrabal de París, pasó allí durante algún tiempo una vida oscura y casi oculta, ocupándose ya en trabajos literarios, ya en operaciones de hacienda. Asociado á los suministros del ejército de Italia, se adquirió el filósofo una renta de cienas sesenta mil libras.

Denunciado al guarda-sellos, con motivo de la apotósia de una cómica, que no es más que una serie de ataques contra la religión y sus ministros y contra la nación en general, se refugió á Rouan, en donde vivió siete meses, oculto en la casa de un impresor, á quien arruinó algún tiempo después, por una estafa digna de presidio. Así el aventurero más desmoralizado del siglo XVIII se preparaba para capitanear al gran partido filósofo, regenerador del mundo.

El resto de la vida de Voltaire corresponde á sus principios: no ofrece más que un tegido de libertinaje y de impiedad, de bajas lisonjas hacia los grandes, y de hipocrecia y sacrilegios, terminados por una muerte espantosa.

Este culpable y cínico escritor se había retirado á Ferney, cerca de Ginebra, y desde allí lanzaba contra sus enemigos, contra la religión y el gobierno una multitud de folletos y de diatribas, en las cuales no se sabe que despreciar más, si el fanatismo futribundo del patriarca de la filosofía moderna, ó su impudencia y cinismo repugnante.

Escribía á sussecuaces:

"MENTID, MENTID RESULTAMENTE, AMIGOS MÍOS, SIEMPRE QUEDARÁ ALGO . . . ME IMPORTA MUCHO SER LEÍDO Y MUY POCO SER CREÍDO."

Su infame correspondencia con sus amigos, los filósofos del tiempo, es una continua excitación á la impiedad, á la rebelión y á la destrucción del cristianismo; horroriza su lectura. Algunos pasajes de ella, que omito por no indignar á los lectores de este artículo, pueden hallarlos en el *Diccionario histórico de Feller*, artículo VOLTAIRE.

Siempre que habla del cristianismo ó de Jesucristo lo hace con la blasfema y sacrilega voz, de *el infame*.

Por cierto que al filósofo de Ferney pueden aplicarse estas palabras del desgraciado Lamennais: "*La boca que se abre para blasfemar de Dios, es un respiradero del infierno.*"

En 1778, obtuvo Voltaire el permiso de volver á París, y su entrada en la capital fué un verdadero triunfo. Ah! el triunfo de Voltaire! . . . Esto aterra, y prelude los días nefandos que había de presenciar la Francia al cabo de 15 años, y los escándalos y abominaciones que la Europa entera iba á contemplar atónita!

El triunfo de Voltaire, es decir, del cinismo, de la impiedad, y de todos los vicios personificados en él. Sí, esto daba una idea de lo que era entonces la sociedad francesa, presagiaba la catástrofe inaudita, que debía inundar de sangre la patria de San Luis, y era una muestra de la degradación y deformidad en que iba á aparecer á la faz de las naciones esa Francia, que prostituyó sus incensos y adoraciones al desecho de los criminales, á un Marat! . . .

Pero la venganza divina debía también cumplirse. Voltaire se aproximaba ya á los ochenta y cuatro años, y contaba sentada en la pésima carrera de la irreligión y de la impiedad.

Algunos días después de su entrada en la capital, fué atacado de un vómito de sangre, lo cual le ocasionó la muerte. Habiéndose adherido á la secta de los masones, pero ya muy avanzada la medida, sus

crimines pedían muy alto la justicia divina, y esta iba á ejecutarse.

Pero obsérvese una circunstancia notable. Voltaire fué atacado de su enfermedad mortal precisamente al tiempo en que se prometía el ateísmo: sus mismos partidarios publicaron la carta, en que escribía á D' Alembert estas palabras:

“¡¡¡Buen papel hará Dios dentro de veinte años!!!”

Esta predicción blasfema es de fecha 25 de Febrero de 1758; y el 25 de Febrero de 1778, fué atacado del vómito de sangre que le llevó al sepulcro. ; Insondables juicios de Dios! ¡Veinte años de intervalo, día por día, acreditan que la justicia divina permanece siempre!

La violencia del mal hizo inmediatamente desmentir su profesión de incredulidad: llamó á uno de los sacerdotes que tanto había ultrajado y calumniado en sus escritos; al Abate Gauthier, Vicario de Snn Sulpicio; hizo á sus pies la confesión de sus culpas, y depositó en sus manos la retracción auténtica de sus impiedades y de sus escándalos. Declaraba en particular que moría en la religión católica.

Pareciendo muy sospechosa esta declaración de fé de parte de un hombre que ya había hecho otras parecidas, quiso el cura de San Sulpicio presentarse en casa de Voltaire; pero sus amigos tomaron sus precauciones para impedirle, como dijo uno de ellos, *hacer una nueva mogiganga*. No le dejaron un solo instante, y así hicieron inútil el celo y la caridad del Cura de San Sulpicio.

Entre tanto el anciano culpable se acercaba á la eternidad. Tal vez se lisonjaba de acabar la gran obra de su reconciliación con Dios; pero la muerte se anticipó á este último socorro.

El filósofo se halla horriblemente sobrecojido de espanto. Con una voz espantosa esclamó:

“ESTOY ABANDONADO DE DIOS Y DE LOS HOMBRES!”

Así invocaba al Señor, de quien había blasfemado!

El sacerdote no llegaba, y el enfermo era acometido de horrosas convulsiones y de los furores de la desesperación. Con los ojos desencajados, pálido y trémulo de espanto, se agita y mueve á todos lados, se despedaza y devora hasta sus excrem . . . El infierno, de que tanto se había burlado, parece abrirse á su vista, brama de horror, y su último suspiro es el de un réprobo.

—ESTOY ABANDONADO DE DIOS Y DE LOS HOMBRES! Estas palabras espantosas, el aire y tono con que fueron pronunciadas, llenaron de terror al célebre Frouchain, que asistió á Voltaire en su última enfermedad.

—Recordad toda la rabia y furor de Orestes, dijo este médico protestante, testigo de esta horrible muerte, y no tendréis más que una débil imagen de la rabia y del furor de Voltaire en su última enfermedad. Sería de desear, repetía frecuentemente, que nuestros filósofos hubiesen sido testigos de los remordimientos y furores de Voltaire; y esta sería la lección más saludable que hubieran podido recibir los que habían sido corrompidos por sus escritos.”

El mariscal de Richelieu había tenido á la vista este espantoso espectáculo, y no pudo menos de esclamar:

—“En verdad, esto es demasiado fuerte, es insufrible.”

Así murió el patriarca de la incredulidad el 30 de Marzo de 1778.

Voltaire no vió todo lo que hizo; hizo todo lo que vemos. Bergier.

Robespierre y la inmortalidad del alma.

Robespierre, el gran héroe de la revolución francesa y jefe de la República en la época famosa del terror, espantado sin duda á la vista de sus grandes crimines, hizo decretar que el pueblo francés reconocía la *existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma*.

En el discurso que pronunció en la memorable sesión del 18 floréal, año II, dijo, entre otras cosas, lo siguiente: “No consultéis más que el bien de la patria y los intereses de la humanidad. Toda institución, toda doctrina que consuela y eleva las almas, debe ser acogida; desechad todas las que tienden a agradarlas y corromperlas. Reanimad, exaltad todos los sentimientos generosos y todos los grandes ideas morales que se ha querido suprimir. ¡Una con los enlaces de la amistad y los lazos de la virtud á todos los hombres que se han querido dividir!

“; Quien te ha dado la misión de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe, á tí, que te apasionas por esa árida doctrina y que jamás te apasionas por la patria? ¿Qué ventaja encuentras en persuadir al hombre que una fuerza ciega preside á sus destinos y produce al acaso el crimen y la virtud, y que su alma no es más que un ligero soplo que se estingue á las puertas del sepulcro? ¿La idea de su nada le inspirará sentimientos más puros y elevados que el de su inmortalidad? ¿Le inspirará más respeto por sus semejantes y por sí mismo, más afecto por la patria, más audacia para desafiar la tiranía, más desprecio por la muerte ó por la voluptuosidad?

“Vosotros los que llorais sobre el cadáver de un hijo ó de una esposa, ¿recibireis consuelos de quien os dega, que de ellos solo ha quedado un polvo vil y despreciable? El infeliz que muere bajo los golpes de un asesino, ape-la en su último suspiro á la justicia eterna!

“La inocencia sobre el cadalso hace palidecer al tirano sobre su carro de triunfo; y ¿tendría ella ese ascendiente, si la tumba igualara al opresor y al oprimido?

“Malaventurado sofista, ¿con qué derecho vienes á arrancar á la inocencia el cetro de la razón para ponerle en manos del crimen, echar un velo fúnebre sobre la naturaleza, hacer desesperar la desgracia, alegrarse al vicio, contristar la virtud, degradar á la humanidad?”

(Historia de Francia.)

¿Qué Niño!

Cerca de Bruselas, mientras un párroco se ocupaba en preparar á los niños para recibir el Santo Sacramento de la Confirmación, entró en la Iglesia un niño de doce á trece años.

Sin quitarse el sombrero, fué á ocupar un asiento en medio de los otros niños.

El Párroco advierte con amabilidad á nuestro niño de que en la Iglesia todos deben descubrir su cabeza, por ser el templo la casa de Dios; pero el terrible niño se levanta furioso, y teniendo siempre el sombrero en la cabeza, exclama.

—Yo soy liberal, y nadie puede decirme nada.

—Liberal ó Católico, replicó el párroco con firmeza; de-beis. ó quitáros el sombrero, ó abandonar el templo.

Nuestro liberal reflexiona por breves instantes, y finalmente se descubre.

Revista Popular.

La Abeja y su Hija.

FÁBULA.

A una Abeja aturdida

Que cualquier flor le parecía buena

Para hacer rica miel en su colmena,

Su Madre así decía:

—“Modérate, hija mía,

“Mira que vas á hacer un desatino,

“Sino escojes las flores con más tino.”

Pero ella altiva, contestóla al punto:

—“Madre, déjame que en tamaño asunto

“Ni he menester consejo,

“Pues tengo propio genio

“Para hacer cosas de mejor ingenio.”

En mitad del verano

Dió cima á su trabajo la loquilla,

Y á su madre se fué con aire vano

Diciéndola:—“Probad la maravilla

“Que han dado mi talento y mis desvelos;

“Mi miel es la ambrosía de los cielos.”

Su Madre llevó al labio aquel presente,

Pero haciendo visages, de repente,

Esclamó con pesar:—“Buena ambrosía!

“Lo que tú hicistes es miel, miel, hija mía.”

Para formar el alma

Ecoged, niños, con prudente calma

Las doctrinas mejores;

Porque los libros son como las flores.—J. F. S.